

MATAR A PABLO ESCOBAR

El único libro que revela la caza y captura del hombre más buscado de la historia

MARK BOWDEN



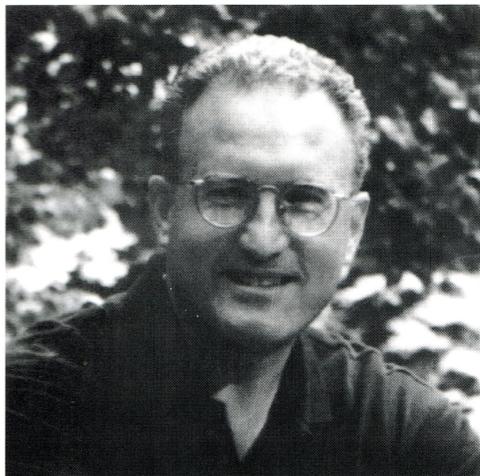
El 22 de julio de 1992, Pablo Escobar, capo del narcotráfico, se fuga a pie, tranquilamente, de la suntuosa prisión –que él mismo se había hecho construir–, y desaparece en la selva colombiana. Su audaz huida acaba con la delicada paz pactada con los tristemente célebres «narcos» y provoca una guerra declarada entre el gobierno y el cartel de Medellín. A lo largo de las semanas siguientes, EE UU lanzará una ofensiva conjunta en la que tomarán parte las Fuerzas Armadas, los servicios de inteligencia norteamericanos y el gobierno de Colombia. Militares, técnicos y agentes utilizarán un arsenal de armamento y tecnología hasta entonces sólo visto en el cine. El objetivo: localizar al capo. *Matar a Pablo Escobar* es la historia del brutal ascenso y violento fin del capo del narcotráfico colombiano cuyo imperio criminal aterrorizó a un país de más de treinta millones de habitantes. Mark Bowden desvela –en este intenso y muy bien documentado relato–, los detalles «más celosamente guardados» por las personas que dirigieron, durante dieciséis meses, aquella cacería humana. Gracias a la colaboración sin precedentes de los militares, agentes y funcionarios que tomaron parte en la persecución, a cientos de documentos reservados y a la transcripción de las conversaciones telefónicas de Escobar, Bowden teje los acontecimientos creando una trama que fluye como las páginas de una novela de espionaje. *Matar a Pablo Escobar* es una hazaña del periodismo de investigación que sabe captar la atención del lector; es un descarnado retrato de la implacable justicia de la vida real. Se trata, sin duda, del único libro que revela la caza y captura del hombre más buscado de la historia.



ISBN

9





Mark Bowden es autor de *Black Hawk Down*, *Bringing the Heat* y *Doctor Dealer*. Ha trabajado durante veintiún años como periodista para el periódico *The Philadelphia Enquirer* y ha ganado numerosos premios nacionales por sus reportajes.

Bowden ha sido además colaborador habitual de revistas tan conocidas como *Talk*, *Men's Journal*, *Sports Illustrated*, *Rolling Stone*, *Playboy* y *Policy Review*.

ÍNDICE

Prólogo. 2 de diciembre de 1993	7
El ascenso de <i>el doctor</i> . 1948-1989	11
La primera guerra. 1989-1991	77
Encarcelamiento y fuga. <i>Junio de 1991-septiembre de 1992</i>	127
Los Pepes. <i>Octubre de 1992-octubre de 1993</i>	193
La muerte. <i>Octubre de 1993-2 de diciembre de 1993</i>	237
Las secuelas	293
Fuentes	319
Bibliografía	323
Artículos	324
Documentos	325
Agradecimientos	349

EL ASCENSO DE *EL DOCTOR*

1948-1989

I

En abril de 1948 no había en Suramérica lugar más emocionante que Bogotá, Colombia. En el aire se respiraba el cambio, una carga estática que aguardaba un rumbo hacia el que encauzarse. Nadie sabía muy bien cuál sería, sin embargo sí había una certeza de que estaba al alcance de la mano. Era un momento en la vida de una nación, y tal vez hasta de un continente, en el que la historia anterior parecía no haber sido más que un preludio.

Bogotá era por entonces una ciudad de más de un millón de habitantes que corría como una mancha por las laderas de verdes montes, hasta expandirse en una ancha llanura. Hacia el norte y el este la bordeaban picos abruptos, mientras que al sur y al oeste el terreno se dilataba raso y vacío. Al llegar por aire, lo único que podía verse durante horas eran sierras, fila tras fila de cumbres color verde esmeralda, y entre todas ellas, la más alta, cubierta de nieve. La luz golpeaba desde distintos ángulos las laderas de las ondulantes cadenas montañosas, creando así tonos verdiamarillos de verde salvia y oscuros tonos de hiedra, todos ellos atravesados por ríos afluentes de color amarronado, que gradualmente unían sus cauces, ensanchándose al bajar desde las alturas hasta cauces hundidos en valles, tan profundos y umbrosos que daban la impresión de ser azules. Y entonces, repentinamente, de aquellas sierras vírgenes surgía una metrópolis moderna en cada detalle, una inmensa llaga de cemento que cubría la mayor parte de una extensa llanura. Bogotá era fundamentalmente un cúmulo de casas de dos o de tres plantas, mayoritariamente de ladrillo rojo. El centro y el

norte los surcaban avenidas anchas y ajardinadas. Había museos, catedrales clásicas y mansiones espléndidas, tan fastuosas como las de los barrios más elegantes del mundo. Sin embargo, hacia el sur y el oeste comenzaban los «tugurios» donde las víctimas de la violencia constante de las sierras y la selva buscaban refugio, trabajo y esperanza, pero donde no hallaban más que una pobreza paralizante.

Al norte de Bogotá, lejos de aquella indigencia, estaban a punto de reunirse los representantes de la Novena Conferencia Interamericana. Ministros extranjeros de todos los países del hemisferio occidental se habían dado cita para rubricar los estatutos de la Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA), una nueva coalición promovida por Estados Unidos con el objetivo de crear un foro de mayor envergadura en el que se tratarían las cuestiones de América Central y América del Sur. La ciudad había sido adecentada para el evento: sus calles habían sido barridas, la basura retirada y los edificios públicos habían recibido nuevas capas de pintura; las calles lucían nueva señalización y a todo lo largo de las avenidas y paseos engalanados con flores, colgaban banderas multicolores, y hasta los limpiabotas en las esquinas llevaban uniformes flamantes.

Los dirigentes consagrados a visitas oficiales y fiestas en aquella sorprendentemente capital urbana albergaban la esperanza de que la OEA se tradujera en un nuevo orden y en una mayor respetabilidad para las pujantes repúblicas de la región. Pero el evento también atrajo a personajes críticos y a agitadores de izquierdas, entre ellos un joven estudiante cubano llamado Fidel Castro. Para éstos, la reciente OEA representaba una concesión, una capitulación y una alianza con los «gringos» imperialistas del norte. Para todos los idealistas de la región que allí se habían dado cita, el mundo de la posguerra era un territorio disponible en el que hacer lo que desearan las grandes potencias; una puja entre el capitalismo y el comunismo o, al menos, el socialismo, por lo que jóvenes rebeldes como Castro, que a la sazón tenía veintiún años, preveían una década de revoluciones. Ellos derribarían las calcificadas aristocracias feudales de la zona e instaurarían una paz duradera, una nueva justicia social y una auténtica unidad panamericana. Estaban en la onda y poseían la furia y la inteligencia para llevarlo a cabo y, con la certeza que otorga la juventud, creían que el futuro les pertenecía. Así llegaron a Bogotá, a denunciar la nueva organización, y para ello habían planeado una reunión cumbre alternati-

va con el objetivo de coordinar protestas en toda la ciudad. Habían puesto su confianza en un guía, un solo hombre, un político colombiano de cuarenta y nueve años, de nombre Jorge Eliécer Gaitán.

«¡No soy un hombre, soy el pueblo!»; ése era el eslogan de Gaitán, el mismo eslogan que voceaba dramáticamente al final de sus discursos para enervar a sus seguidores. Gaitán era un mestizo, un hombre de educación y modales acordes a la elite blanca, pero dotado del físico pequeño y robusto, la piel morena, la cara redonda y el cabello tupido y espeso de los indios, o sea, de las castas más bajas de Colombia. El aspecto de Gaitán lo señalaba como un intruso en el poder, un hombre que pertenecía a la elite, pero que a la vez representaba a las masas. Quizá por ello nunca llegó del todo a formar parte del selecto grupo adinerado y de piel blanca que poseían la inmensa mayoría de las tierras y los recursos del país, y que durante generaciones habían dominado la escena política. Aquellas pocas familias eran dueñas del petróleo, las compañías fruteras, el café y la producción agrícola que, conjuntamente, constituían el grueso de las exportaciones de Colombia y por ende de su economía. Gracias al apoyo tecnológico y el capital de poderosas compañías norteamericanas, se habían enriquecido al vender los recursos naturales del país a norteamericanos y europeos, y aquellas riquezas las habían utilizado para importar a Bogotá una sofisticación que los pusiera a la altura de cualquier capital del mundo. La tez de Gaitán lo separaba de aquella aristocracia local tanto como lo emparentaba con los abandonados, los otros colombianos, las masas consideradas inferiores, los excluidos de la «economía de la exportación» y sus islas privilegiadas de prosperidad urbana. Pero era justamente ese vínculo el que le había proporcionado a Gaitán su poder. Por mucho que su educación lo diferenciara, estaba irrevocablemente encadenado a los otros, aquellos cuya única opción consistía en trabajar en las minas o en los campos por sueldos de subsistencia, los que no podían acceder a una educación o a una vida mejor. Esa gente constituía una mayoría electoral extraordinaria.

Eran tiempos difíciles. En las ciudades prevalecían la inflación y el desempleo, mientras que en las aldeas del campo y de la selva, que en sí mismas constituían la mayor parte de Colombia, imperaban la falta de trabajo, la miseria y la inanición. Las protestas del campesinado, promovidas y lideradas por agitadores marxistas, se habían tornado paulatinamente más y más violentas. Los líderes del Partido Conserva-

dor y aquellos que los respaldaban, poderosos terratenientes y dueños de minas, habían respondido con métodos draconianos. Hubo masacres y ejecuciones. Muchos vieron en aquel círculo de protestas y de represión una vuelta a otra sangrienta guerra civil, un hecho que los marxistas consideraban un levantamiento inevitable. Pero la mayoría de los colombianos no eran ni marxistas ni oligarcas: eran gentes que únicamente deseaban la paz. Ansiaban un cambio, no una guerra, y para ellos era esa la promesa que Gaitán encarnaba. Y aquella esperanza lo había hecho inmensamente popular.

Dos meses antes, en un discurso pronunciado ante una multitud de cien mil personas, en la plaza de Bolívar en Bogotá, Gaitán había suplicado al Gobierno que restableciera el orden, y había instado a la multitud allí congregada que expresara su repulsa y su voluntad uniéndose a su petición no con aplausos y vítores, sino con silencio. Sus palabras las dirigió directamente al presidente, Mariano Ospina.

«Le pedimos que se ponga fin a las persecuciones que llevan a cabo las autoridades —dijo en aquella ocasión—. Y lo mismo le pide esta inmensa multitud. Le pedimos algo sencillo pero difícil: que nuestras refriegas internas se resuelvan de acuerdo con nuestra Constitución [...]. Señor presidente, acabe con la violencia. Queremos que se defiendan las vidas humanas, eso es lo mínimo a lo que puede aspirar un pueblo [...]. Nuestra bandera está de luto, y esta multitud silenciosa, este grito mudo de nuestros corazones sólo pide que nos trate como usted quería que lo tratásemos a usted.»

En un ambiente de tal convulsión, el silencio de aquella muchedumbre resonó con muchísima más fuerza que una ovación; muchos de los presentes entre la multitud simplemente habían agitado sus pañuelos blancos. En grandes mítines como aquél, Gaitán parecía ser el hombre adecuado para conducir a Colombia hacia un futuro en el que imperaran la ley, la justicia y la paz. Había tocado la fibra sensible de sus compatriotas y sus más profundos anhelos.

Por ser un hábil letrado y un socialista, era en palabras de un informe de la CIA (Agencia Central de Inteligencia Norteamericana), redactado años después, «un acérrimo antagonista del dominio de la oligarquía y un orador fascinante y cautivador». Gaitán era también un astuto político que había convertido su atractivo populista en verdadero poder político. Cuando la OEA se reunió en Bogotá en 1948, Gaitán no sólo era el favorito del pueblo sino además el líder del Partido Libe-

ral, una de las dos fuerzas políticas más importantes del país. Su llegada a la presidencia en las elecciones de 1950 fue considerada por todos poco menos que como una certeza. No obstante, el Gobierno conservador encabezado por el presidente Ospina no había incluido a Gaitán en la delegación bipartita, formada para representar a Colombia en la Cumbre que reunía a los representantes de tantos estados americanos.

En la ciudad se respiraba una tensión insoportable. El historiador colombiano Germán Arciniegas escribiría tiempo después que «un frío viento de terror soplabá desde las provincias». El día después de que la Conferencia tuviera lugar, una turba atacó el automóvil que transportaba a la delegación ecuatoriana, y rumores de violencia terrorista parecieron confirmarse cuando la policía detuvo a un trabajador que intentaba colocar una bomba en la capital. En medio de todo aquel revuelo, Gaitán no se ocupaba más que de los asuntos legales en su despacho. Sabía que faltaban un par de años, pero que su momento llegaría, y estaba dispuesto a esperar. El desdén al que lo había sometido el presidente había aumentado su talla moral ante sus seguidores, como también ante los izquierdistas más radicales que se preparaban a protestar, jóvenes que de otro modo habrían desestimado a Gaitán considerándolo un burgués liberal dueño de una visión demasiado tímida para las ambiciones revolucionarias de aquéllos. Incluso el joven Castro había pedido entrevistarse con él.

Gaitán se ocupaba por entonces de defender a un oficial del Ejército acusado de asesinato. Y el 8 de abril, el mismo día en que daba comienzo la conferencia de la OEA, Gaitán logró absolver a su defendido. Entrada la mañana, algunos periodistas y amigos le visitaron en su despacho para felicitarle, charlaron alegremente acerca de dónde irían a comer y de quién pagaría la cuenta. Poco antes de la una de la tarde, Gaitán bajó por la calle acompañado del pequeño grupo. Faltaban dos horas para el encuentro previsto con Castro.

Después de abandonar el edificio, el grupo pasó junto a un hombre gordo, sucio y barbudo que, tras dejarlos adelantarle, corrió para darles alcance. El hombre, Juan Roa, se detuvo junto a ellos y sin mediar palabra, alzó su pistola. Gaitán dio media vuelta con gran energía y se dirigió a toda prisa hacia la seguridad del edificio en el que se encontraba su despacho. Roa comenzó a disparar. Gaitán recibió impactos en la cabeza, los pulmones y el hígado y murió en poco menos de una hora, mientras los doctores intentaban desesperadamente salvarle la vida.

El día del asesinato de Gaitán es la fecha en que comienza la historia moderna de Colombia. Habría muchas teorías sobre el móvil de Juan Roa: que había sido reclutado por la CIA, por los enemigos conservadores de Gaitán, o incluso por los extremistas comunistas que temían que la revolución que tanto ansiaban se pospusiera por la llegada al poder del candidato liberal. El caso es que en Colombia nunca faltan motivos para recomendar un asesinato. Una investigación independiente realizada por agentes de Scotland Yard determinó que Roa, un místico frustrado con delirios de grandeza, había alimentado cierto rencor hacia la persona de Gaitán y que había actuado en solitario. Pero como fue muerto a golpes en el mismo lugar del crimen, Roa se llevó los motivos consigo a la tumba. Sean los que sean, los disparos que Juan Roa descerrajó desataron el caos, y todas las esperanzas de un futuro pacífico en Colombia se esfumaron. Todas aquellas inquietantes fuerzas de cambio explotaron en lo que se denominó «el Bogotazo», un brote de disturbios callejeros tan intensos que dejaron grandes sectores de la capital en llamas antes de extenderse imparables a otras ciudades. Muchos policías, devotos seguidores del líder asesinado, se unieron a la furiosa horda que recorría las calles, tal y como lo hicieran los estudiantes revolucionarios como Castro. Los izquierdistas se identificaban con un brazalete rojo e intentaban capitanear a los distintos grupos de gente, presintiendo que finalmente había llegado su momento. Sin embargo, pronto comprendieron que la situación se había descontrolado. Las bandas se hacían más y más numerosas, y la protesta se transformó en un ciclo de destrucción, ebriedad y saqueos aleatorios y sin sentido. El presidente Ospina ordenó la intervención del Ejército, que en algunos lugares disparó contra la multitud.

El futuro que todos habían imaginado murió con Gaitán. Los terribles hechos deslucieron el esfuerzo oficial por exhibir la nueva estabilidad y cooperación que el Gobierno había pregonado. Las delegaciones extranjeras firmaron los estatutos de la Carta de Constitución de la OEA y huyeron cuanto antes del país. El sueño de los izquierdistas de dar comienzo a una nueva era de comunismo en Suramérica ardió entre las llamas de los disturbios. Castro se refugió en la embajada cubana, al tiempo que el Ejército comenzaba a perseguir y arrestar a los agitadores izquierdistas, a quienes culpaban por la insurrección. Pero incluso el informe oficial de la CIA concluyó que los izquierdistas, al igual que todos los demás, fueron sólo víctimas de lo ocurrido. Según uno de aquellos

historiadores de la «agencia», los eventos desilusionaron profundamente a Castro: «[Las revueltas] pudieron haber influenciado en su decisión de adoptar en Cuba, en los años cincuenta, una estrategia de guerrilla en vez de una estrategia revolucionaria basada en insurrecciones urbanas».

«El Bogotazo» fue aplacado tanto en Bogotá como en las otras grandes ciudades, pero continuó vivo y salvaje por toda Colombia durante años, metamorfoseándose en un sangriento período de pesadilla, tan falto de sentido que sencillamente se lo llamó «La Violencia». Según las estimaciones, durante aquel período murieron más de doscientas mil personas; la mayoría de ellas eran campesinos incitados a la violencia por medio de llamamientos de fervor religioso, exigencias de reformas agrarias y un desconcertante sinfín de riñas sobre asuntos locales. Mientras Castro salía airoso de su propia revolución en Cuba, y el resto del mundo tomaba partido en la Guerra Fría, Colombia continuaba atrapada en su cabalística danza con la muerte: ejércitos legítimos y privados sembraban el terror en las zonas rurales; el Gobierno luchaba contra los paramilitares y la guerrilla; los industriales despachaban sindicalistas; los católicos conservadores se enfrentaban a herejes liberales, y los bandidos se aprovechaban de toda aquella batalla campal para la rapiña. La muerte de Gaitán había liberado demonios que tenían menos que ver con el nuevo mundo que se estaba formando que con la historia profundamente problemática de Colombia.

Colombia se podría describir como una cantera de criminales; una nación de una belleza lujuriosa e impoluta, sumida en la miseria y, desde siempre, ingobernable. Desde los blancos picos de las tres cordilleras que forman su columna vertebral occidental hasta la densa jungla ecuatorial, la topografía de Colombia ofrece una infinidad de escondites. De hecho aún existen rincones a los que el hombre nunca ha accedido; sitios —de los que todavía quedan algunos en este planeta tan exhaustivamente pisoteado— donde botánicos y biólogos pueden descubrir, y añadirle su apellido, a nuevas especies de plantas, insectos, pájaros, reptiles e incluso a pequeños mamíferos.

Las antiguas culturas que allí florecieron eran sociedades aisladas y tenaces. En una tierra de suelo tan rico y un clima tan variado y benigno todo lo que allí caía, crecía. De ahí la poca necesidad de las industrias o el comercio. La naturaleza aprisiona como una dulce e incansable enredadera. Y quien la descubría se convertía en su presa. A los conquistadores españoles les llevó casi doscientos años subyugar a un

solo pueblo, los tairona, que vivían en una zona apartada y de vegetación exuberante al pie de la Sierra Nevada de Santa María. Los invasores españoles lograron vencerlos definitivamente de la única manera posible: matándolos a todos. En los siglos XVI y XVII, los conquistadores intentaron infructuosamente gobernar esa tierra desde las vecinas Perú y Venezuela, y cien años más tarde Simón Bolívar intentó hermanar Colombia con Perú y Venezuela para formar un gran estado suramericano, la Gran Colombia. Pero ni siquiera el gran libertador pudo mantenerlas unidas.

A partir de la muerte de Bolívar en 1830, Colombia fue un país profundamente democrático, pero su Gobierno, débil por tradición y por diseño, nunca logró tomarle la mano a la evolución política pacífica. En extensas regiones del sur y del oeste, y hasta en las aldeas montañosas de las afueras de las ciudades principales, viven comunidades que sólo apenas conocen el concepto de nación, gobierno o ley. La única influencia civilizada que jamás alcanzó todo el país fue la Iglesia católica, y se llevó a cabo solamente porque los astutos jesuitas cruzaron sus misterios romanos con los antiguos ritos y creencias. Su objetivo no era hacer florecer una nueva religión de aquel cristianismo de raíces paganas hasta conseguir crear una nueva versión de la «única y verdadera fe» de tintes locales. No obstante, en la obstinada Colombia fue el catolicismo el que debió transmutarse, hasta convertirse en una religión distinta, una fe habitada de fundamentos ancestrales, fatalidad, superstición, magia, misterio y, cómo no, también violencia.

La violencia acecha a los colombianos como una plaga bíblica. Las dos facciones políticas de mayor influencia, los liberales y los conservadores, libraron ocho guerras civiles únicamente en el siglo XIX a causa de los papeles de la Iglesia y el Estado. Ambos partidos eran abrumadoramente católicos, pero los liberales exigían que la Iglesia se mantuviera alejada de la vida pública. El mayor de estos conflictos, que comenzó en 1899 y fue conocido como la «guerra de los Mil Días», acabó con más de cien mil vidas y arruinó totalmente todo gobierno nacional y economía que hasta entonces se hubiera establecido.

Atenazado entre aquellas dos fuerzas violentas, el campesinado colombiano aprendió a temer y a desconfiar de ambas, y prefirieron convertir en héroes a los forajidos que erraban por aquellos páramos selváticos, como violentos emprendedores, que retaban a quienquiera que se les enfrentara. Durante la guerra de los Mil Días, el más famo-

so de ellos fue José del Carmen Tejeiro, quien astutamente se aprovechaba de las conocidas discordias entre los poderes beligerantes. Tejeiro no sólo robaba a los acaudalados terratenientes; también solía castigarlos y humillarlos al forzarlos a firmar declaraciones del estilo de «Fui azotado cincuenta veces por José del Carmen Tejeiro, como represalia por haber osado perseguirlo». La fama de Tejeiro lo convirtió en un ídolo admirado allende las fronteras de Colombia. El dictador venezolano Juan Vicente Gómez, añadiendo leña al fuego de la discordia entre las dos naciones vecinas, obsequió a Tejeiro con una carabina de incrustaciones en oro.

Medio siglo después, La Violencia había dado origen a un colorido surtido de fueras de la ley, hombres que actuaban bajo alias tales como Tarzán, Desquite, Tirofijo, Sangrenegra o Chispas. Estos criminales barrían la región robando, saqueando, violando y asesinando a diestra y siniestra, pero como no se aliaban con ninguna de las dos facciones políticas, el pueblo llano veía sus fechorías como si se tratasen de golpes asestados al poder.

La Violencia escampó sólo cuando el general Gustavo Rojas Pinilla tomó el poder en 1953 y se estableció como dictador militar. Rojas Pinilla detentó el poder durante cinco años antes de ser desplazado por oficiales de orientación más democrática. Entonces se formuló un plan que establecía que conservadores y liberales compartieran el Gobierno ocupando la presidencia alternativamente durante cuatro años. Aquél era un procedimiento garantizado para que nunca se variara el *statu quo* imperante y para que no tuviese lugar una reforma de progreso social verdadero promovido desde el Gobierno, ya que todo paso dado en una dirección por un gobierno sería deshecho indefectiblemente por el siguiente. Entretanto, los renombrados bandidos continuaban perpetrando sus incursiones y robos en las montañas, y ocasionalmente se proponían —aunque nunca con demasiado ahínco— agruparse con algún otro bandolero. Al fin y al cabo, no eran ni idealistas ni revolucionarios, sino delincuentes comunes. De cualquier modo, toda una generación de colombianos crecieron oyendo sus dudosas hazañas. A pesar de sí mismos, los bandidos personificaban la heroicidad para muchos de los pobres que vivían aterrorizados y oprimidos. La nación entera observó, con una mezcla de alivio y de congoja, cómo el Ejército les fue dando caza uno por uno. Llegada la década de los sesenta, Colombia se había amoldado a una paralización forzada. Por un lado,

las guerrillas marxistas instaladas en las montañas y en la selva (herederas modernas del legado de los bandidos) acosaban al Gobierno central; por el otro, el país sufría el desgobierno de una reducida elite de familias bogotanas, ricas y cada vez más poderosas, pero tan incapaces de llevar a buen puerto cualquier cambio significativo como carentes de todo interés por hacerlo. Y como consecuencia de esas circunstancias la violencia, ya de por sí arraigada en la cultura, se incrementó, se agudizó y se volvió monstruosa.

El terror se convirtió en una forma de arte, un estilo de guerra psicológica con un trasfondo estético casi religioso. En Colombia herir o incluso matar a un enemigo no bastaba: había que observar el ritual. Las violaciones debían ser realizadas en público, en presencia de padres, madres, esposos, hermanas, hermanos e hijos. Y antes de matar a un hombre, se le debía forzar a suplicar, chillar y atragantarse de pavor... o quizá se mataba a sus seres queridos ante sus propios ojos. Para llevar aún más allá el asco y el terror, a las víctimas se las mutilaba despiadadamente y luego se las abandonaba a la vista de todos, como si se tratara de una macabra exposición. A los hombres se les amputaban los genitales y se los embutían en sus propias bocas; a las mujeres se les cortaban los pechos, y sus úteros estirados acababan sirviéndoles de sombreros; y los niños eran asesinados no por accidente, sino lentamente, con gusto. Las cabezas separadas de sus cuerpos eran clavadas en picas orlando los costados de las carreteras. La firma de una banda en particular consistía en abrirle de un tajo el cuello a su víctima y posteriormente sacarle por ese rasgón la lengua, confeccionándole al difunto una grotesca «corbata». Aquellos horrores rara vez tocaban de cerca a los educados urbanitas de las clases dominantes colombianas, pero las reverberaciones de ese mismo miedo se extendían y alcanzaban indefectiblemente a todos. Y lo que es más, ningún niño crecido en Colombia a mitad del siglo xx era inmune a aquel horror. La sangre fluía como lo hacían las aguas rojizas y embarradas que descendían de las montañas. La jocosa explicación de los colombianos era que Dios había hecho a su país tan bello y le había provisto de una naturaleza tan lujuriente que, para compensar a los demás pueblos del mundo —tan injustamente relegados—, Él había poblado aquel paraíso con la raza de hombres más crueles de toda la creación.

Fue en el segundo año de La Violencia cuando nació el mayor criminal de la historia, Pablo Emilio Escobar Gaviria, el 1 de diciembre

de 1949. Pablo creció entre las colinas de su nativa Medellín, donde aún residía aquel terror y aquella crueldad. Allí se nutrió de las historias de Desquite, Sangrenegra y Tirofijo, todos ellos leyendas vivas por entonces. Y cuando el pequeño Pablo había crecido lo suficiente como para comprender lo que oía, muchos de ellos todavía seguían vivos pero ya escapaban de las autoridades para salvar el pellejo. Lo que Pablo no sabía era que llegaría a ser mucho más grande que todos ellos.

Cualquiera puede ser un criminal, pero llegar a ser un forajido requiere admiradores. El forajido representa algo que va más allá de su propio destino. Sin importar cuán innobles sean los verdaderos móviles de criminales al estilo de los bandidos de la sierra colombiana (o de los que Hollywood inmortalizó: Al Capone, Bonnie y Clide, Jesse James), un gran número de gente común y corriente los animó y siguió de cerca sus sangrientas andanzas con oscuro deleite. Sus actos delictivos, por más egoístas o absurdos que fueran, transmitían un mensaje social. Los actos de violencia y los crímenes que cometían eran ataques a un poder lejano y opresivo. El sigilo y la astucia que aquellos hombres demostraban al eludir al Ejército y a la policía eran fuente de festejos, ya que éstas habían sido desde tiempos inmemoriales las únicas tácticas al alcance de los desposeídos.

Pablo Escobar añadiría su propia vida a tales mitos. Puesto que los criminales mencionados no pasarían de ser héroes estrictamente locales, sin más metas que su propia mitificación, el poder de Escobar llegaría a ser internacional a la vez que auténtico. Tanto, que en su momento de esplendor se lo consideraba una seria amenaza al Estado colombiano. En 1989, la revista *Forbes* lo incluiría entre los siete hombres más ricos del mundo y el alcance casi ilimitado de su venganza lo convertiría en el terrorista más temido del mundo.

Su éxito se debió fundamentalmente a la particular cultura e historia de su tierra, a la tierra propiamente dicha y al clima, ingredientes indispensables para las cosechas de coca y de marihuana. Pero el otro ingrediente de la leyenda era el propio Pablo, porque a diferencia de los forajidos que le precedieron, él comprendía el poder de ser considerado una leyenda. Él creó la suya y la nutrió. Era un matón y un violento, pero tenía conciencia social. Era un capo despiadado y brutal, pero también un político dotado de un estilo personal y cautivador que, al menos para algunos, trascendía la bestialidad de sus actos. Era sagaz y arrogante y lo suficientemente rico como para sacar provecho de esa popu-

laridad. En palabras del presidente colombiano César Gaviria, Escobar poseía «una especie de genio innato para las relaciones públicas». A su muerte, miles lo lloraron. La multitud causó disturbios cuando su féretro entró en Medellín. La gente apartó a los portadores y abrieron a la fuerza el ataúd sólo para poder tocar aquel rostro frío y duro... Hasta el día de hoy, la gente de Medellín atiende con cariño su tumba, que continúa siendo uno de los puntos de atracción turísticos de la ciudad. No hay duda de que Pablo Escobar significaba algo más para aquella gente.

Qué era exactamente lo que significaba es algo difícil de comprender sin conocer Colombia y los tiempos que le tocaron vivir. Pablo, como muchos otros, fue una criatura de su tiempo y de su lugar. Era un hombre complejo, contradictorio y, en definitiva, muy peligroso. Y lo era en gran medida por su genial habilidad para manipular la opinión pública. Pero aquella misma necesidad de gustar a sus compatriotas era también su debilidad y lo que al final acabaría con él. Un hombre menos ambicioso hoy quizá seguiría vivo, rodeado de lujo, poderoso y llevando una buena vida en Medellín. Pero a Pablo no le bastaba con ser rico y poderoso: él quería ser admirado. Quería ser respetado, y querido.

Cuando aún era un niño pequeño, su madre, Hermilda, una influencia decisiva en su vida, hizo una promesa ante la estatua de su pueblo natal, Frontino, ubicado en el noroeste rural del departamento colombiano de Antioquia. La estatua: un icono, la imagen del Niño Jesús de Atocha. Hermilda Gaviria era una maestra de escuela, ambiciosa y educada para la época, una mujer inusualmente capaz. Había contraído matrimonio con Abel de Jesús Escobar, un ganadero independiente. Pablo era su segundo hijo; Hermilda ya le había dado a Abel una hija. Con el tiempo tendrían cuatro hijos más, pero la maldición de Hermilda era la impotencia ante el destino, ya que sabía que su ambición y el futuro de su familia siempre se le escaparían de las manos. Sin embargo, esta actitud no se asemejaba a algo abstracto o espiritual, no era la noción con que los hombres y mujeres religiosos aceptan la autoridad terminante de Dios, porque aquélla era la Colombia de los años cincuenta, la que vivía sumergida en el terror de La Violencia. A diferencia de las ciudades, que gozaban de una relativa seguridad, en pueblos como Frontino o Rionegro, donde Hermilda y Abel vivían por aquel entonces, morir violenta y horriblemente era cosa muy frecuente. Los Escobar no eran revolucionarios, eran miembros

incondicionales de la clase media. Tenían incluso inclinaciones políticas, eran aliados de los terratenientes locales, lo cual los convertía en objetivos de los ejércitos liberales y de los insurrectos que pululaban las montañas. Con el apremio de una madre joven a la deriva en un mar de miedo, Hermilda buscó consuelo y protección para los suyos en la figura del Niño Jesús de Atocha, y repetía que si Dios le perdonaba la vida a sus hijos, ella le construiría una capilla. Pero fue su hijo Pablo quien finalmente la construyó.

Pablo no creció en la pobreza, como llegarían a afirmar años más tarde sus periodistas a sueldo. Rionegro no se había convertido aún en suburbio de Medellín. Consistía en un conjunto de haciendas ganaderas relativamente prósperas, situadas en la periferia. Cuando Pablo llegó al mundo, su padre era el propietario de una casa, doce hectáreas de tierra y seis vacas; además se ocupaba de unas tierras colindantes que Abel le había vendido a un conocido político conservador local. La casa no tenía electricidad, pero sí agua corriente, lo que en la Colombia rural equivalía al estatus de clase media alta. Aquellas condiciones mejoraron cuando los Escobar se trasladaron a Envigado, un pueblo de las afueras de Medellín, metrópolis pujante que crecía rápidamente cubriendo las verdes laderas de las montañas que la circundaban. Hermilda no sólo era la maestra, sino la fundadora de la escuela de enseñanza primaria de Envigado. Habiéndose establecido allí, Abel abandonó su actividad ganadera y comenzó a trabajar como vigilante. Por otra parte, Hermilda también era una persona importante en la comunidad, alguien conocido tanto por hijos como por padres. Así pues, ya en su juventud ni Pablo ni sus hermanos eran considerados niños comunes y corrientes. A Pablo le iba bien en la escuela, tal y como sin duda esperaba su madre, y le encantaba jugar al fútbol. Pablo llevaba ropa buena y, según atestiguaba su cuerpo fuerte y regordete, estaba bien alimentado. El Escobar adulto se convirtió en un entusiasta de la comida rápida, el cine y las músicas populares de Estados Unidos, México y Brasil.

Cuando Pablo alcanzó la adolescencia, Colombia sufría todavía el azote de La Violencia, pero la furia y el terror de las primeras y más duras épocas ya habían pasado. Abel y Hermilda Escobar emergieron de aquella aprensión y construyeron para sí y para sus siete hijos una vida cómoda y desahogada. Así, del mismo modo que la prosperidad de los años cincuenta en Estados Unidos dio origen a una generación rebelde, Pablo y sus contemporáneos tenían su propia manera de con-

testar a la autoridad del sistema. Por entonces, un movimiento de visos *hippies* y nihilistas de alcance nacional, llamado «nadaísmo», se originó justamente allí, en Envigado. En aquel mismo lugar, el fundador del movimiento, el intelectual Fernando Gonzáles, había escrito su manifiesto «El derecho a desobedecer». Proscritos por la Iglesia y apenas tolerados por las autoridades, los nadaístas satirizaban a sus mayores por medio de canciones; se vestían y comportaban escandalosamente, además de desdenar el orden establecido a la manera de los años sesenta, o sea, fumando marihuana.

La marihuana colombiana era, por supuesto, abundante y potentísima, virtudes que los millones de fumadores del mundo entero descubrieron de inmediato. La hierba de Colombia era al mundo de la marihuana lo que el patrón oro había sido al capitalismo. Pablo se convirtió en un fumador abusivo desde su más temprana juventud y continuó siéndolo durante toda la vida. Se despertaba a la una o a las dos de la tarde y encendía un «porro» apenas se levantaba; así permanecía bajo sus efectos durante el resto del día y de la noche. Era un hombre regordete y bajo —no pasaba del metro sesenta y cinco—, de cara redonda y cabello grueso, rizado y negro, que solía dejarse largo, peinándolo de izquierda a derecha en una greña que le cubría la frente y le tapaba las orejas. Más tarde se dejaría crecer un bigote ralo. Escobar miraba el mundo a través de un par de ojos castaños de párpados caídos y adoptaba el aspecto desconcertado de todo fumador de marihuana crónico. Evidentemente la rebeldía se apoderó de él poco tiempo después de que alcanzara la pubertad. Pablo dejó el Instituto Lucrecio Jaramillo varios meses antes de su décimo séptimo cumpleaños, a tres años de su graduación. Su giro hacia la criminalidad parece haber sido motivado tanto por hastío como por ambición.

Acompañado de su primo y compañero infatigable, Gustavo Gaviaria, le dio por frecuentar por las noches un bar en el peligroso barrio del distrito Jesús de Nazareno. Le explicó a su madre que no encajaba en la escuela o en un empleo normal y corriente:

—Quiero ser importante —le dijo.

Sin embargo nunca abandonó del todo la idea de proseguir sus estudios, quizá consecuencia de la persistencia de Hermilda o acaso por sus propios planes, que siempre iban más allá. Dos años más tarde, durante un breve período, él y Gustavo regresaron al instituto, pero los dos primos, ya mayores que sus compañeros de clase y acostumbrados

a la libertad y a las turbulentas calles de Medellín, eran considerados los bravucones de la clase. Ninguno de los dos acabó el curso escolar, aunque por lo visto Pablo intentó varias veces, pero sin éxito, completar los exámenes obligatorios para graduarse. Hasta que, finalmente, lo compró sin más. Años más tarde, llenaría las estanterías de sus casas de volúmenes de obras clásicas y a veces incluso mencionaría su interés por obtener una educación universitaria. Una vez incluso, a punto de ser encarcelado, comentó que tenía la intención de estudiar derecho. Pero de lo que no había duda era de que su falta de formación académica continuó alimentando su propia inseguridad y desilusionando a su madre. Pese a todo, nadie que le conociera ponía en duda su inteligencia innata.

Se volvió un gángster. Ya existía una larga tradición de negocios turbios en Medellín. El oriundo de Medellín —el «paisa» estereotípico— era un pícaro nato, un personaje dueño de habilidades naturales para sacar ganancias de cualquier empresa. La región era famosa por sus criminales, jefes de sindicatos del crimen organizado y profesionales de la tradición paisa del contrabando, una tradición que databa de siglos atrás; un oficio perfeccionado a través del comercio ilegal de oro y esmeraldas, aunque entonces se especializara en el tráfico de marihuana, y más tarde en el de cocaína. Cuando Pablo abandonó sus estudios en 1966, el tráfico de drogas ya era un negocio establecido y muy rentable; una actividad muy alejada de las aspiraciones de unos matoncillos de diecisiete años. Pablo dio comienzo a su carrera delictiva en las calles de Medellín timando a transeúntes. Pero él era ambicioso. Cuando le dijo a su madre que quería ser importante, tenía en mente muy probablemente dos tipos de éxito distintos. De la misma manera que los contrabandistas dominaban la vida ilícita en las calles de Medellín, las actividades mercantiles lícitas eran dominio político y social de un reducido número de ricos industriales textiles, mineros y poderosos terratenientes. Eran «los señores», individuos cultos y refinados cuyo dinero sustentaba iglesias, organizaciones de caridad y los exclusivos *country clubs**; hombres temidos y respetados por los campesinos que arrendaban sus tierras. Católicos, tradicionales y eli-

* Clubes de campo. Los *country clubs* no representan sólo el éxito y el poder, sino el deseo de la burguesía local de separarse físicamente de un entorno pobre y por ende conflictivo. (N. del T.)

tistas, eran ellos quienes ocupaban los puestos políticos de poder y que en definitiva representaban a Medellín en Bogotá, en el Gobierno nacional. Las ambiciones de Pablo abarcaban ambos mundos, el lícito y el otro, y es ésta la contradicción principal de su trayectoria.

Según la leyenda, Pablo Escobar y su pandilla comenzaron sus actividades criminales en los cementerios, robando lápidas que volvían a pulir con un chorro de arena, para luego venderlas como nuevas. Es cierto que Pablo tenía un tío que se dedicaba a vender lápidas y que Pablo trabajó para él cuando era un adolescente, así que en los años venideros solía causarle gracia escuchar la anécdota de las lápidas. Sin embargo siempre negaba que fuera cierta; ¿pero cuántas otras cosas negó? Hermilda desestimó la historia de las lápidas robadas. Y, pensándolo bien, es una historia bastante improbable. Por un lado, reciclar lápidas resulta una actividad demasiado honesta, y hay pocos indicios que sugieran que Pablo tuviera inclinaciones de ese tipo. Además, Pablo era un tipo supersticioso, adepto a esa peculiar y pagana rama del catolicismo común en la Antioquia rural, la que rinde tributos a ídolos —tales como el Niño Jesús de Atocha, a quien rezaba Hermilda— y que está en íntima comunión con los espíritus. El robo de lápidas no parece una vocación probable para alguien que temía al mundo de los espíritus. Lo que sí suena más creíble son las versiones que luego sí admitiría, los relatos de timos callejeros de poca monta, la venta de cigarrillos de contrabando o de billetes de lotería falsos y las estafas en las que, con una mezcla de engaño y encanto personal, desplumaba a los que acababan de salir del banco local. Pablo no iba a ser el primer fullero que en las calles descubriría que quitarle el dinero a otros es más fácil y más emocionante que ganarlo. Era un joven excepcionalmente temerario, quizá por su hábito de fumar marihuana. En algún momento de su juventud descubrió su capacidad para permanecer en calma, pausado y hasta alegre cuando los demás se asustaban o los nervios los traicionaban. Pablo utilizaba esa habilidad para impresionar a sus amigos o para asustarlos; ya de mayor presumiría de sus atracos a bancos a punta de rifle automático, charlotteando animadamente con los empleados mientras éstos vaciaban sus cajas registradoras. Fueron aquella osadía y aquel aplomo las virtudes que hicieron que Pablo destacara entre sus colegas en el crimen, y las que lo llevarían a ser el líder de todos ellos. No mucho después, sus crímenes se tornarían más sofisticados y acrecentarían el riesgo.

Sus antecedentes policiales demuestran que Pablo ya era un ladrón de coches consumado antes de los veinte. Él y su banda se incorporaron al burdo negocio del hurto de automóviles y lo convirtieron en una pequeña industria, robándolos descaradamente (arrancando a los conductores de sus asientos a plena luz del día) y desguazándolos hasta obtener una colección de partes valiosas en cuestión de horas. La venta de esas piezas representaba un gran negocio que, además, no dejaba huella alguna para la policía.

Una vez hubo reunido capital suficiente, Pablo comenzó a sobornar a funcionarios públicos para que emitieran nueva documentación para los automóviles robados, eliminando así la tarea de tener que destazarlos. Pareciera que durante aquel período, la policía y él tuvieron varios roces, y aunque sus fichas hayan desaparecido se sabe que pasó varios meses en la cárcel de Medellín antes de cumplir los veinte años, lo que sin duda le brindó la oportunidad de crear vínculos con un tipo de criminales mucho más violentos, que años después le serían de gran utilidad. Queda claro que aquellas temporadas en prisión no le disuadieron de proseguir su carrera criminal.

Todas las versiones coinciden, no obstante, en que Pablo se lo estaba pasando en grande. Con su amplio inventario de motores y piezas robadas, él y Gustavo construían coches de carrera y competían en *rallies* regionales y nacionales. Su negocio evolucionó y con el paso de los años el hurto de automóviles se llegó a practicar con tal impunidad en Medellín que el mismo Pablo se hizo cargo de que había creado un mercado aún más lucrativo: la protección. La gente comenzó a pagarle para evitar que sus coches fueran sustraídos, por lo que Pablo comenzó a sacar provecho de sus robos y hasta de los coches que no había trincado. Siempre generoso con sus amigos, los obsequiaba con unidades robadas directamente de fábrica. Para evitar problemas, Pablo hacía preparar, por un lado, escrituras de venta, luego instruía a otros compinches para que publicaran anuncios en los periódicos en los que se publicitaba la venta de los automóviles. Lógicamente, los flamantes vehículos robados serían comprados legalmente por el amigo agraciado, con sus correspondientes papeles falsificados. Así se producía un laberinto de documentación tal, que creaba la ilusión de que la adquisición del automóvil había sido legítima.

Fue durante aquel período de jefe pandillero en ascenso, cuando Pablo se forjó una reputación por utilizar violencia letal. Como un sen-

cillo método de recolección de deudas: reclutó matones para raptar a los deudores; el rescate ascendía a cuanto debían; si la familia no podía reunir el dinero o se negaban a pagar, la víctima era asesinada. Hubo casos en los que la víctima moría aunque el rescate ya hubiese sido pagado, pero se hacía para enviar un mensaje. Eran homicidios, sí, pero homicidios que podían llegar a comprenderse. Un hombre como Escobar tenía que cuidar sus intereses, y él vivía en un mundo donde la acumulación de dinero requería la capacidad de defenderlo. Incluso para un hombre de negocios decente, en Medellín había poco que la ley, que no siempre era tan honesta, pudiera hacer para protegerlo. Si uno era víctima de una estafa cabían dos posibilidades: o se aceptaban las pérdidas, o se tomaban medidas por cuenta propia hasta poner las cosas en su sitio. De tener éxito, uno tenía que vérselas con policías y funcionarios corruptos, ansiosos de beneficiarse con una tajada de esos negocios. Ese modo de actuación era especialmente habitual en el tipo de actividad ilícita en la que Escobar estaba involucrado. Al tiempo que se incrementaba la riqueza y el contrabando se hacía más lucrativo, crecía la necesidad de imponer disciplina, castigar a los enemigos, cobrar deudas y sobornar a funcionarios. El secuestro e incluso el asesinato no solamente ajustaba las cuentas, sino que dejaba claro quién estaba al mando.

Pablo se volvió un experto en adjudicarse crímenes con los que no se le podía relacionar directamente. Para empezar, se aseguraba de que aquellos que eran reclutados para cometerlos no supieran quién los había contratado. Con el paso del tiempo, Pablo se acostumbró a encarar asesinatos; aquello alimentaba su megalomanía y engendraba miedo, un sentimiento que no difería demasiado del respeto que parecía ambicionar cada vez más y más.

Muy pronto los secuestros de deudores se convirtieron en algo cotidiano. El más famoso de ellos —adjudicado al joven Pablo Escobar— fue el del industrial de Envigado Diego Echavarría, ocurrido en el verano de 1971. Echavarría, hombre orgulloso y dueño de una empresa, era conservador y, aunque respetado en la alta sociedad, era despreciado por muchos de los trabajadores pobres de Medellín, que estaban siendo despedidos de las industrias textiles locales. En aquellos años, los ricos terratenientes antioqueños ampliaban sus propiedades por el sencillo sistema de expulsar aldeas enteras del valle del río Magdalena sin otra alternativa que refugiarse en los tugurios de la impetuosa ciu-

cillo método de recolección de deudas: reclutó matones para raptar a los deudores; el rescate ascendía a cuanto debían; si la familia no podía reunir el dinero o se negaban a pagar, la víctima era asesinada. Hubo casos en los que la víctima moría aunque el rescate ya hubiese sido pagado, pero se hacía para enviar un mensaje. Eran homicidios, sí, pero homicidios que podían llegar a comprenderse. Un hombre como Escobar tenía que cuidar sus intereses, y él vivía en un mundo donde la acumulación de dinero requería la capacidad de defenderlo. Incluso para un hombre de negocios decente, en Medellín había poco que la ley, que no siempre era tan honesta, pudiera hacer para protegerlo. Si uno era víctima de una estafa cabían dos posibilidades: o se aceptaban las pérdidas, o se tomaban medidas por cuenta propia hasta poner las cosas en su sitio. De tener éxito, uno tenía que vérselas con policías y funcionarios corruptos, ansiosos de beneficiarse con una tajada de esos negocios. Ese modo de actuación era especialmente habitual en el tipo de actividad ilícita en la que Escobar estaba involucrado. Al tiempo que se incrementaba la riqueza y el contrabando se hacía más lucrativo, crecía la necesidad de imponer disciplina, castigar a los enemigos, cobrar deudas y sobornar a funcionarios. El secuestro e incluso el asesinato no solamente ajustaba las cuentas, sino que dejaba claro quién estaba al mando.

Pablo se volvió un experto en adjudicarse crímenes con los que no se le podía relacionar directamente. Para empezar, se aseguraba de que aquellos que eran reclutados para cometerlos no supieran quién los había contratado. Con el paso del tiempo, Pablo se acostumbró a encarar asesinatos; aquello alimentaba su megalomanía y engendraba miedo, un sentimiento que no difería demasiado del respeto que parecía ambicionar cada vez más y más.

Muy pronto los secuestros de deudores se convirtieron en algo cotidiano. El más famoso de ellos —adjudicado al joven Pablo Escobar— fue el del industrial de Envigado Diego Echavarría, ocurrido en el verano de 1971. Echavarría, hombre orgulloso y dueño de una empresa, era conservador y, aunque respetado en la alta sociedad, era despreciado por muchos de los trabajadores pobres de Medellín, que estaban siendo despedidos de las industrias textiles locales. En aquellos años, los ricos terratenientes antioqueños ampliaban sus propiedades por el sencillo sistema de expulsar aldeas enteras del valle del río Magdalena sin otra alternativa que refugiarse en los tugurios de la impetuosa ciu-

dad. El odiado empresario fue hallado en un agujero no lejos de donde Pablo había nacido. Había desaparecido seis semanas antes y había sido golpeado y estrangulado, a pesar de que su familia había cumplido con los cincuenta mil dólares de rescate. El asesinato de Diego Echavarría funcionó a dos niveles: produjo ganancias y a la vez fue un acto legítimo en favor de una mayor justicia social. No había ninguna manera de probar que el instigador del crimen hubiera sido Pablo Escobar, y oficialmente nunca fue inculpado, pero fueron tantos quienes se lo adjudicaron que en los llamados «barrios de invasión» la gente comenzó a referirse a Pablo con el sobrenombre de *doctor Echavarría*, o *el Doctor* a secas. El asesinato tenía todos los sellos distintivos del joven capo emergente: cruel, mortal, cerebral, y con un ojo puesto en las relaciones públicas.

De un solo golpe, el secuestro de Echavarría elevó a Pablo al estatus de leyenda en la región. También hizo pública su falta de misericordia y su ambición, lo cual tampoco venía mal. Pero pronto llegaría a ser un héroe aún más renombrado para muchos de los habitantes de los tugurios gracias a actos de caridad muy hábilmente publicitados. Pablo, sin duda, se identificaba con el pueblo, pero sus aspiraciones eran estrictamente de clase media. Cuando le dijo a su madre que quería ser «importante» no estaba pensando en una revolución o en reformar su patria; lo que tenía en mente era vivir en una mansión tan espectacular como la falsa mansión medieval que Echavarría se había hecho construir para sí. Él viviría en un castillo como aquél, pero no como un explotador de las masas, sino como un benefactor del pueblo, alguien que pese a sus riquezas y a su poder no había perdido el contacto con el hombre común. Su odio más profundo salía a la luz y se dirigía a quienes se interpusieran entre él y ese sueño.

2

Pablo Escobar ya era un capo inteligente y exitoso cuando un cambio sísmico en el panorama criminal se le presentó a mediados de los años setenta: la generación de la marihuana descubrió la cocaína. Las rutas ilícitas de suministros que la marihuana había abierto desde Colombia a las ciudades y los barrios residenciales de Estados Unidos se convirtieron en autopistas en el momento en que la cocaína se volvió

la droga de moda y la preferida entre los jóvenes e inquietos profesionales.

El negocio de la cocaína haría a Pablo Escobar y a sus colegas antioqueños —los hermanos Ochoa, Carlos Lehder*, José Gonzalo Rodríguez G. y tantos otros— más ricos de lo que jamás hubieran soñado: los hombres más ricos del mundo. A finales de la década, controlarían entre todos el suministro de más de la mitad de la cocaína enviada a Estados Unidos, embolsándose, así, unas retribuciones que no ascendían a millones, sino a miles de millones de dólares**. Sus empresas se convirtieron en las más importantes de Colombia y financiaron a alcaldes, concejales, congresistas y presidentes. A mediados de los años ochenta, Escobar mantenía diecinueve residencias propias únicamente en Medellín, y todas ellas provistas de su helipuerto. Eran suyas asimismo flotas de barcos, aviones, propiedades distribuidas por todo el mundo, franjas de tierra antioqueña, edificios de apartamentos, urbanizaciones de chalés y bancos. El dinero llegaba en cantidades tan exorbitantes que decidir cómo invertirlo en su totalidad era una tarea que ya no podían manejar, así que muchos de esos millones fueron simplemente enterrados. El influjo de capital extranjero desencadenó una racha de vacas gordas en Medellín. Algunas de las consecuencias fueron el *boom* de la construcción, el nacimiento de una miríada de nuevos negocios y la caída vertiginosa del índice del desempleo. Con el tiempo, la explosión económica originada por el dinero de la cocaína haría tambalear la economía del país y pondría patas arriba el imperio de la ley.

Pablo se encontraba perfectamente situado para aprovecharse de aquella nueva ola. Había pasado diez años perfeccionando su sindicato del crimen y aprendiendo la manera de sobornar al funcionariado. El *boom* de la cocaína inicialmente atrajo a diletantes para los que esta droga era una especie de coqueteo «glamouroso» con el crimen; pero el crimen era, desde hacía tiempo, el medio en el que Pablo —un Pablo violento, carente de principios y determinado en su ambición— se mo-

* Un capo narcotraficante de tendencias pronazis, editor de un periódico en tinta verde (en honor a la marihuana) y dueño de su propia isla caribeña desde la cual distribuía su producto. Carlos Lehder merecería —como tantos otros personajes que aparecen en estas páginas—, un libro propio. (*N. del T.*)

** A la publicación de este libro, un dólar equivale aproximadamente a unas doscientas ptas. Un millón de dólares, a doscientos millones de pesetas; y mil millones de dólares, a doscientos mil (200.000.000.000) millones de pesetas. (*N. del T.*)

vía. No era un emprendedor, ni tan siquiera un hombre de negocios con talento: tan sólo un tipo despiadado. Al enterarse de que en sus dominios se había establecido un próspero laboratorio en el que se procesaba cocaína, se abrió paso a empujones; y si alguien abría una vía de suministros hacia el norte, Pablo exigía la mayoría de los beneficios, «a cambio de protección». ¿Quién osaría negarse?

Un joven piloto de Medellín conocido por su alias, *Rubin*, cuyas habilidades lo condujeron directamente al boyante negocio de la cocaína, conoció a Pablo por primera vez en 1975. Rubin pertenecía a una buena familia adinerada que lo había enviado a estudiar a Estados Unidos. Había obtenido su licencia de piloto en Miami, y hablaba un inglés fluido. Cuando algunos de sus amigos, los hermanos Ochoa —Alonzo, Jorge y Fabio— comenzaron a enviar cocaína al norte, Rubin formó filas con ellos. Poco tiempo después, ya compraba y vendía pequeñas avionetas en Miami y reclutaba pilotos para realizar los vuelos rasantes con los que se evitaba los radares. Contrariamente a Pablo y a los suyos, ni Rubin ni los hermanos Ochoa eran matones profesionales, sino más bien *playboys*, vividores, jóvenes de familias relativamente bien educadas que se creían listos y en la onda. Casi de inmediato, también se convirtieron en hombres ricos.

No fue un genio para los negocios ni en los contactos con los bajos fondos del crimen antioqueño, pero su elegancia lo capacitaba para comerciar y transportar. Aquellas ovejas negras se sentían en su elemento dentro de los círculos sociales privilegiados que los compradores norteamericanos frecuentaban. Rubin parecía haber sido hecho a medida para esa tarea, era bien parecido, desconocía el miedo y, como si eso fuera poco, era elegante. Su jefe por aquel entonces era un empresario de Medellín de nombre Fabio Restrepo, uno de los primeros *capos* paisas. En 1975, Restrepo ya reunía cargamentos de cuarenta a sesenta kilos una o dos veces al año, y el precio de un kilo en Miami superaba los cuarenta mil dólares. Cuando hay tanto dinero ilegal de por medio, siempre aparecen los tiburones.

Originalmente, Pablo se puso en contacto con Jorge Ochoa para venderle a Restrepo una cantidad de mercancía pura. Rubin acompañó a Jorge a un pequeño apartamento en Medellín, donde fueron recibidos por un hombre regordete, bajo y de cabello rizado en un mechón sobre la frente, que se paseaba ufano junto a ellos, grotescamente, como el típico maleante callejero. Llevaba un polo azul que le queda-

ba grande, vaqueros vueltos y zapatillas de deporte blancas; por otra parte, el apartamento de aquel tipo era una pocilga en el que había basura y ropa sucia desparramada por todos lados. Para aquellos dos acomodados dandis, Pablo no era más que un gorila local, y los catorce kilos que el tipo tenía guardados en el cajón de una cómoda, un asunto de poca monta. Rubin y Jorge Ochoa le compraron los catorce kilos y siguieron su camino pensando que el trato no había sido nada del otro mundo, hasta que Restrepo, el jefe que Rubin representaba, aparece asesinado dos meses después. Fue un duro golpe, ¡alguien lo había matado sin más! Y como por arte de magia apareció un nuevo jefe que se hizo cargo del negocio de la cocaína en Medellín. Tanto Rubin como los hermanos Ochoa se sorprendieron de que tras la muerte de Restrepo estuvieran trabajando para Pablo Escobar. No había manera de probar que hubiera ordenado la muerte de Restrepo, pero a Pablo tampoco parecía molestarle que otros llegasen a esa conclusión. Los *playboys* traficantes habían subestimado al matón callejero. El camello sin clase que hacía tratos de poca monta se había hecho un lugar en el negocio brutal y eficientemente.

«No existe ni un solo aspecto del negocio que fuera creado, diseñado o promovido por Pablo Escobar —explica Rubin—. Era un gángster, puro y duro. Todos, desde el principio, le temían. Incluso después, cuando ya se consideraban amigos suyos, seguían temiéndole.»

En marzo de 1976, Pablo contrajo matrimonio con María Victoria Henao Vellejo, una curvilínea quinceañera de cabellos oscuros. La muchacha era tan joven que Pablo debió procurarse una dispensa especial del obispo (venía que podía obtenerse por una módica suma). A la edad de veintiséis años, Pablo iba de camino a hacer realidad sus sueños: casado, rico y, aunque no respetado, al menos temido por todos. Pero su meteórico ascenso también le granjeó enemigos poderosos. Uno de ellos dio un soplo al DAS, el Departamento Administrativo de Seguridad, y a los dos meses de la boda arrestaron a Pablo, a su primo Gustavo y a otros tres hombres, cuando regresaban de entregar un cargamento de cocaína en Ecuador.

Pablo ya había sido arrestado con anterioridad y había cumplido condena en la cárcel de Itagüí en su adolescencia; y luego, más tarde, en 1974, al ser descubierto en un automóvil Renault robado. En ambas ocasiones había sido declarado culpable y condenado a varios meses de reclusión. Pero esto era mucho más serio. Los agentes del DAS

encontraron treinta y nueve kilos de cocaína escondidos en la rueda de repuesto del camión en el que viajaban los traficantes, una cantidad lo suficientemente grande como para enviarlos a todos a prisión durante muchos años.

Pablo intentó sobornar al juez, que rechazó el dinero de plano. El paso siguiente sería investigar el pasado del juez, y el resultado fue que éste tenía un hermano abogado. Ambos hermanos no se llevaban bien, y el abogado aceptó representar a Pablo Escobar, sabiendo fehacientemente que su hermano el juez rechazaría el caso apenas fuera informado. Y eso fue exactamente lo que sucedió. El nuevo juez encargado del caso resultó más proclive al soborno y Pablo, su primo y sus secuaces, acabaron en la calle. La maniobra había sido tan atrevida que unos meses después, un juez de apelaciones reinstauró las acusaciones y ordenó que Pablo y los demás volvieran a ser arrestados. Pero nuevos recursos demoraron el curso del proceso y en marzo del año siguiente, mientras Pablo continuaba prófugo, los dos agentes del DAS que habían llevado a cabo el arresto (Luis Vasco y Gilberto Hernández) fueron asesinados.

Pablo estaba creando un estilo para lidiar con las autoridades; un estilo que se transformaría en su sello característico, y que pronto se dio en llamar «plata o plomo»: o bien aceptar su «plata» (su dinero), o bien sufrir su plomo.

Ninguno de los *playboys* de Medellín tenía queja alguna sobre los métodos de Pablo, porque estaban demasiado ocupados haciéndose ricos. Pablo absorbió a los noveles traficantes-emprendedores, a los «cuatroojos» de los laboratorios y a los distribuidores, como los hermanos Ochoa. Él los respaldaba, supervisaba las rutas de entrega y exigía un impuesto por cada kilo despachado. Era un estilo basado en la fuerza bruta, a la usanza de los viejos sindicatos del crimen, pero cuyo resultado sería el cimiento de una industria de la cocaína tan unificada y eficiente como nunca antes se había visto. Una vez que las hojas de coca habían sido cosechadas y refinadas por traficantes independientes, sus envíos se sumaban a las partidas controladas por la organización de Pablo, servicio por el que aquéllos pagaban un 10% del precio que la mercancía obtuviera en Estados Unidos. Si una partida importante era interceptada por las autoridades o se perdía, Pablo reembolsaba a sus proveedores únicamente lo que el producto había costado en Colombia. Si uno o dos de los envíos lograba llegar a Miami, a Nueva York o a Los Ángeles, la venta de esa mercancía cubría

con creces la pérdida de cuatro y hasta cinco cargas interceptadas. Y lo cierto era que los esfuerzos de las autoridades por controlar el tráfico sólo lograban interceptar uno de cada diez envíos, con lo que las pérdidas se veían superadas, con mucho, por los beneficios.

Y qué beneficios. El apetito de los norteamericanos por el polvo blanco parecía inagotable. El dinero que comenzó a entrar era tanto que nadie en Medellín se hubiera atrevido a soñarlo siquiera; dinero en cantidades tales que podía sacar adelante no sólo a individuos, sino a ciudades... y a países. Entre 1976 y 1980 los depósitos en los bancos colombianos se incrementaron más del doble. Llegaban tal cantidad de dólares norteamericanos ilegítimos que la elite dirigente comenzó a concebir maneras de participar en la bonanza sin infringir la ley. El Gobierno del presidente Alfonso López Michelsen permitió una práctica que el banco central denominó «abrir la ventana lateral»: la conversión legal de cantidades ilimitadas de dólares en pesos colombianos. El Gobierno asimismo había favorecido la creación de fondos especulativos que ofrecían al inversor intereses exorbitantemente altos. Aquellas transacciones se consideraban inversiones ostensiblemente legítimas en mercados altamente especulativos, pero casi todo el mundo sabía que su dinero se estaba invirtiendo en cargamentos de cocaína. El Gobierno jugó sus cartas mirando hacia otro lado, y muy rápidamente cualquiera en Bogotá que tuviera dinero para invertir podía sacar tajada de la prosperidad fruto de la cocaína. Toda la nación estaba dispuesta a unirse a la fiesta de Pablo Escobar.

Con sus millones, Pablo podía permitirse pagar la protección de sus cargamentos a lo largo de todo el proceso: desde los cultivadores hasta los laboratorios y los distribuidores. Comenzó a viajar a Perú, a Bolivia y a Panamá. Lo compraba todo con el fin de tener el control de la industria desde los cimientos hasta el tejado. Pero no era el único. Los hermanos Rodríguez Orejuela —Jorge, Gilberto y Miguel— estaban al mismo tiempo atando cabos para formar el cártel de Cali. En Antioquia, compitiendo con Pablo algunas veces y otras colaborando con él, habían aparecido José Gonzalo Rodríguez G. y el excéntrico medio alemán Carlos Lehder. Los sobornos de Escobar fueron de miles a millones de pesos (cientos de miles de dólares), y pocos representantes de la ley sentían la inclinación de resistirse a aquel impulso imparable, especialmente si se tenía en cuenta la alternativa. Pablo incluso se mostraba dispuesto a hacerle el juego a las autoridades, de-

jando que algunos de sus envíos fueran interceptados, los suficientes como para que la policía demostrara que estaban cumpliendo con su trabajo. ¿Por qué no? Pablo se lo podía permitir.

Nadie sabía a ciencia cierta cuánta cocaína fluía hacia el norte. Las estimaciones solían fallar por un margen de un 90% o más. En 1975, las autoridades norteamericanas calculaban que los cárteles hacían entrar en total entre quinientos y seiscientos kilos al año, cuando la policía de Cali tropezó con seiscientos kilos en un solo avión. Esta incautación desató una guerra de fin de semana en Medellín, donde varias facciones se acusaban entre sí de haberla jodido o de haberse vendido. Murieron cuarenta personas, pero cargamentos de tal magnitud se habían tornado algo corriente y la gran mayoría llegaba a su destino. La marea de corrupción y el caudal de dinero del narcotráfico sencillamente arrastró como una riada a las relativamente endebles instituciones de la ley y el orden. Y sucedió tan rápidamente que el Gobierno de Bogotá apenas se enteró de lo que estaba ocurriendo.

Después de haber salido airoso de su primer arresto en 1976, Pablo comprendió que poco tenía que temer de la ley en Medellín. Se había erigido el rey en la sombra de su ciudad. Durante aquel período, Rubín vivía en Miami, así que durante algunos años no había visto a Pablo o a sus amigos, los hermanos Ochoa. Cuando regresó a Colombia en 1981, «el circo marchaba a todo vapor», como expresó Rubín con sus propias palabras. Todos los capos narcos tenían mansiones, limusinas, coches de carreras, helicópteros y aviones privados, ropas finas y obras de arte rimbombantes (algunos, como Pablo, contrataron a decoradores para que los asesoraran en la compra de pintura y escultura, de un gusto que se inclinaba hacia lo chabacano y lo surrealista). Estaban rodeados de guardaespaldas, aduladores y mujeres, mujeres y más mujeres. Se estaban dando la gran vida, y aunque nadie en Colombia había visto algo parecido, aquel lujo desmedido todavía iba a alcanzar cimas mucho más altas porque los gánsteres abrirían discotecas espléndidas y restaurantes refinados e importarían una nueva vida nocturna a Medellín.

Pablo era famoso por sus gustos adolescentes. Él y sus amiguetes jugaban partidos de fútbol a la luz de los focos, en campos que había hecho nivelar y cubrir de césped, pagando además a locutores deportivos para que relataran aquellos encuentros *amateurs* como si los jugaran profesionales de primera línea. Oponentes y compañeros siem-

pre se esforzaban para que don Pablo pudiera lucirse. Poco tiempo después, él y otros capos comprarían los mejores equipos de fútbol del país. Para entretener a sus amigos más íntimos, Pablo solía contratar reinas de la belleza en noches de juegos eróticos. Las mujeres debían desvestirse y correr desnudas en competición hasta un coche deportivo caro, que la ganadora habitualmente se quedaba. La otra posibilidad era que sometiesen a las muchachas a las humillaciones más estrambóticas: se les afeitaban las cabezas, tenían que comer insectos o participar desnudas en concursos de escalada de árboles —en el dormitorio de una de sus residencias Pablo disponía de una camilla ginecológica, aparentemente con fines recreativos. En 1979, hizo construir una fastuosa casa de campo en un rancho de tres mil hectáreas cerca de Puerto Triunfo en las márgenes del río Magdalena, a unos ciento veinte kilómetros de Medellín. La bautizó con el nombre de Hacienda Nápoles. Solamente los terrenos le costaron sesenta y tres millones de dólares, y aún no había comenzado a gastar en serio. Construyó un aeropuerto, un helipuerto y una red de carreteras; importó cientos de animales exóticos (elefantes, búfalos, leones, rinocerontes, gacelas, cebras, hipopótamos, camellos y avestruces); hizo seis piscinas y creó varios lagos. La mansión estaba equipada con todo juguete y extravagancia. Podían pasar la noche allí más de cien huéspedes, y no sólo eso, sino que además se les alimentaba, se les proveía de juegos, música y fiestas. Había mesas de billar, *flippers*, y una *rockola* Wurlitzer, en la que únicamente sonaba el cantante preferido de Pablo, el brasileño Roberto Carlos. Expuesto frente a la casa, descansaba un sedán de los años treinta acribillado a balazos que, según Pablo, había pertenecido a los ladrones de bancos Bonnie y Clyde. A sus invitados solía llevarlos a hacer delirantes excursiones por la hacienda o a hacer carreras en uno de sus lagos de encargo montando en *jet-skis*. La Hacienda Nápoles era una mezcla esperpéntica de erotismo, exotismo y extravagancia y Pablo era su maestro de ceremonias. Disfrutaba de la velocidad, del sexo y de presumir, pero sobre todo, de un público que lo admirara.

A medida que su fortuna crecía y su fama se extendía por todo el país, Pablo comenzó a cuidar su imagen pública, negando concienzudamente toda conexión con sus actividades ilegales. Y pese a que su reputación aterrorizaba incluso a criminales consumados, se esforzaba por hacer de sí mismo una figura entrañable. En público, sus modales

eran formales hasta el acartonamiento, como si quisiera estar a la altura de alguien que no era. Su manera de hablar se volvió barroca y excesivamente obsequiosa, y comenzó a cortejar a la opinión pública, especialmente a los pobres.

Haciendo uso de la retórica izquierdista cuando le venía bien, Pablo explotaba el resentimiento de las masas para con el Gobierno y los poderes fácticos de Bogotá, y daba rienda suelta al odio histórico que el pueblo sentía por Estados Unidos. Las guerrillas marxistas, como las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), el ELN (Ejército de Liberación Nacional) y un nuevo movimiento urbano que se llamaba a sí mismo M-19 (Movimiento 19 de abril) disfrutaban de un amplio apoyo de la juventud estudiantil, y por si eso fuera poco, jesuitas rebeldes pregonaban la teología de la liberación... Tras años de explotación y de violencia política que incluía la intimidación de las temidas autodefensas —escuadrones paramilitares pagados por los terratenientes con el fin de someter al campesinado por el terror—, el pobre ciudadano medio de Medellín despreciaba al Gobierno colombiano. Bogotá estaba en manos de la elite potentada: un 3% privilegiado que tenía en su poder el 97% de las tierras y las riquezas del país. Pablo, que por entonces ya era más rico que cualquiera de ese exclusivo 3%, interpretaba el papel del paladín del pueblo. Su cuñado, Mario Henao, era un intelectual de izquierdas que clamaba contra la influencia imperial y capitalista de Estados Unidos. Mario le suministró a Pablo los argumentos patrióticos necesarios para justificar su negocio de tráfico y le propuso una vía hacia la honradez: el flujo de cocaína a Estados Unidos podía considerarse una táctica revolucionaria que, a la vez que absorbía dólares gringos, corrompía los cerebros y la sangre de la decadente juventud norteamericana. Por ese razonamiento, Pablo no sólo se enriquecía sino que estaba asestándole un golpe al *establishment* mundial utilizando su propio dinero para construir una Colombia a tono con los tiempos: una Colombia nueva, moderna, y progresista. En el ámbito internacional, lo que parecía estar haciendo era robar a los ricos para dar a los pobres.

Rara vez Pablo consumía cocaína, y como bebedor, era moderado. Su droga preferida continuaba siendo la marihuana. Aislado en compañía de sus guardaespaldas, sus adoradores y secuaces, había comenzado a verse a sí mismo de otra manera. Ya no tenía suficiente con haberse adueñado de las calles de Medellín o con dominar el tráfico

internacional de cocaína. En algún momento de su ascensión Pablo había comenzado a verse como un prohombre. Sus palabras e ideas cobraron de pronto una importancia histórica, y su ambición creció hasta ocupar un lugar aún mayor. Se comportaba como el tahúr que cuanto más gana más apuesta. Pablo se iba considerando poco a poco la encarnación del alma colombiana, el enviado que conduciría al país hacia el futuro; como si los deseos de la mayoría fueran los suyos propios, y los enemigos del pueblo, sus propios enemigos. Le fascinaba la historia de Pancho Villa, el revolucionario mexicano que había retado directamente a Estados Unidos en 1916 al dirigir incursiones en Texas y Nuevo México. Tropas norteamericanas lideradas por el general John J. Pershing lo habían perseguido hasta México, e infructuosamente lo buscaron durante once meses. Aquella campaña había encumbrado a Villa en el corazón popular (luego moriría a manos de enemigos políticos en 1923). Pablo abrazaba la leyenda paisa de que Villa en realidad había sido colombiano. Así que comenzó a coleccionar objetos mexicanos de la época y le daba sumo placer disfrazarse de Villa y posar para las fotografías. Al final, acabaría por emular en más de un aspecto la vida del mexicano al convertirse en el objetivo de una cacería humana asistida por el Ejército norteamericano; un ejército que pondría la histórica persecución de Pershing a la altura de una excursión de niños exploradores.

Pablo se tornó uno de los empresarios más generosos de Medellín: pagaba a los empleados de sus laboratorios salarios que les permitían adquirir casas y comprar automóviles. Quizás influenciado por Mario Henao, comenzó a gastar millones en mejorar la infraestructura de la ciudad, se preocupó por los pobres hacinados en los crecientes «barrios de invasión» mucho más de lo que el Gobierno jamás había hecho. Donó dinero y presionó a sus asociados para que reunieran millones con los que pavimentar carreteras y erigir nuevos tendidos eléctricos, además de crear campos de fútbol por toda la región. Levantó pistas de patinaje, repartió dinero en sus apariciones públicas y luego comenzó un proyecto de urbanización para indigentes llamado «Barrio Pablo Escobar»: un sitio donde vivirían los que hasta ahora habitaban en chozas junto a los basureros de la ciudad. La conservadora Iglesia católica de Medellín apoyó los programas sociales de Pablo, y algunos de sus párrocos se mantuvieron fieles a su benefactor hasta el fin. Pablo hacía apariciones en inauguraciones y homenajes y,

aunque se mostraba renuente a los aplausos o a los agradecimientos, siempre permitía que lo condujesen al centro de la escena. Solía participar en partidos de fútbol locales, demostrando que, a pesar de su talle cada vez más voluminoso, aún se podía mover con sorprendente dinamismo. Al final de la década, el paladín del pueblo no sólo era el hombre más rico y más poderoso de toda Antioquia: ahora también era su ciudadano más popular.

En una entrevista para una publicación de automóviles en 1980, Pablo Escobar demostró sentirse generoso, en más de un aspecto, con sus congéneres: «Soy un amigo de fiar y hago todo lo posible para que la gente me aprecie —dijo—. Los amigos son lo más valioso que hay en la vida, de eso no tengo dudas». Naturalmente, la amistad también tiene sus desventajas. «Lamentablemente —añadió con un tono inquietante— en el transcurso de la vida uno también se cruza con gente que es desleal.»

En privado, hablaba en susurros y se enorgullecía de su incombustible buen humor. Cuando estaba «colgado», gustaba de contar anécdotas y de reírse de sus propias proezas y de las torpezas de sus enemigos, pero en la mayoría de los casos se contentaba con repantigarse y escuchar. En su aspecto personal era dejado, vago y se permitía todos los excesos. Comía demasiado, se daba atracones de Coca-Cola, pizzas precocinadas y toda clase de comidas rápidas, y tampoco reparaba en gastos para reclutar a jovencitas —cuanto más jóvenes mejor— y así satisfacer su apetito sexual. Como otros antes que él, millonarios de poder casi ilimitado en plena juventud, Pablo fue víctima cada vez más de sus propios delirios de grandeza. En los hechos, ya estaba por encima de la ley. En Medellín había dado origen a un sistema de justicia de doble rasero. Las muertes ocurridas como parte habitual de sus negocios —el índice de homicidios se duplicó durante aquel período— eran ignoradas por la policía, se las consideraba parte del narcotráfico, algo del todo desligado de la sociedad civil. Personalmente, Pablo entendía que los asesinatos cometidos por sus hombres eran hechos intrascendentes para la sociedad en su conjunto; asuntos de negocios, nada más, una necesidad nefasta en un Estado carente de un sistema legal firme. En Colombia, uno se podía pasar la vida esperando los fallos de la justicia estatal. Una de las prerrogativas de los ricos y poderosos en la Colombia rural siempre había sido la de administrar su propia justicia. Y éste representaba el fundamento de la larga y sangrienta tradición de

las «autodefensas» o ejércitos privados. Una vez que Pablo hubo hecho sus primeros millones, ya no esperaba que la ley lo protegiera. Y lo que es más: le ofendía la intromisión de las autoridades en sus asuntos. Se veía con el derecho de utilizar la violencia que juzgase necesaria y en ocasiones hasta lo hizo públicamente. Sorprendido un trabajador al intentar robar algo de su mansión de la Hacienda Nápoles, hizo que lo ataran de manos y pies y, en presencia de los invitados horrorizados, echó al hombre a la piscina de un puntapié y se quedó observando cómo se ahogaba. «Eso es lo que le pasa a los que le roban a Pablo Escobar», dijo. La advertencia sin duda repercutió en sus invitados, muchos de los cuales podían robar a el Doctor muchísimo más de lo que aquel infortunado sirviente había intentado sustraer.

La mayor parte de Medellín aceptaba su sistema de justicia privado, principalmente porque oponerse a Pablo Escobar no era una medida prudente. Los que se oponían a su voluntad se transformaban en sus enemigos, y sus enemigos tenían la costumbre de morir violentamente. No toleraba el idealismo, y pese a su interés en el bienestar de los pobres de Medellín, su concepción del mundo resultaba esencialmente cínica y su modo de prosperar se basaba en ser más inteligente y más peligroso que los demás. Así que cuando los políticos y el periodismo de Bogotá hicieron correr la voz acerca de su imparable ascenso en el mundo del crimen, él presintió que no se trataba más que de mequetrefes y santones. O se habían aliado con los cárteles rivales o con Estados Unidos. Para Pablo nadie actuaba por lealtad a sus principios. A cualquiera que se le opusiera se le tachaba de «desleal», de traidor a Pablo Escobar y a Colombia.

Lógicamente, el paso siguiente para un hombre dotado de tal ambición fue la política. En 1978 sería elegido miembro suplente del municipio de Medellín. Ese mismo año apoyó la campaña presidencial de Belisario Betancur, prestándole al político y a su comitiva aviones y helicópteros, y con un espíritu por demás liberal contribuyó con dinero a la campaña del rival de Betancur, Julio Turbay, quien acabaría por ganar las elecciones. Dos años más tarde, Pablo defendió la formación de un nuevo partido a escala nacional llamado Nuevo Partido Liberal, cuya lista en Antioquia encabezaba un ex ministro de justicia, Alberto Santofimio, y en el ámbito nacional, el enormemente popular reformador Luis Galán. En 1982 Pablo resolvió presentarse a las elecciones en persona, para el puesto de suplente del representante de Envigado, Jai-

no Ortega. Según el sistema electoral de Colombia, los ciudadanos votan a un representante en el Congreso y a su suplente, a quien se le otorga inmunidad parlamentaria y autoridad para participar en la sesión cuando el representante titular no puede asistir a la Cámara. Jaime Ortega y Pablo Escobar fueron elegidos en el mismo sufragio que llevó a Betancur, en su segundo intento, a la presidencia de Colombia.

De ese modo, Pablo Escobar pasó a formar parte de la Cámara. Era sólo un puesto sustitutorio, pero la victoria tenía toda la apariencia de la validación que él siempre había deseado. Ya era un ciudadano respetable y un representante del pueblo. El puesto le confería una inmunidad jurídica automática, por lo que ya no podía ser procesado por ningún crimen cometido en Colombia. El puesto se acompañaba asimismo de un pasaporte diplomático, que Pablo comenzó a utilizar de inmediato para realizar viajes a Estados Unidos. Se sacó una foto, junto a su joven hijo Juan Pablo, enfrente de la Casa Blanca y por primera vez disfrutó de las mansiones que había adquirido en Miami (una de ellas ubicada en Miami Beach y una finca que le costara ocho millones de dólares, al norte de la ciudad, en Plantation, estado de Florida). Por fin lo había logrado. Sus amigos comentan que por entonces Pablo confesó sus aspiraciones de ser presidente de Colombia.

Después de varios años, parte de la clase dirigente había hecho las paces con el fenómeno del narcotráfico. Algunos lo veían sencillamente como una industria más, que había creado una nueva clase social, rica y joven y no sin un cierto *glamour*. A los «narcomillonarios» se los comparaba con aquellos magnates del petróleo que surgieron a fines del siglo XIX y principios del XX. Pablo mismo llegaría a aseverar con cierta razón (y tal vez con la voz de su cuñado dictándole al oído) que el patrimonio de las familias más influyentes se había construido sobre los cimientos del crimen: la trata de esclavos, el tabaco, el tráfico de quinina y tantas otras actividades de dudosa ética. La historia de Colombia rezumaba ejemplos, y del mismo modo que aquellas clases habían reordenado la lista de prioridades políticas a lo largo de la historia, los narcos tenían también sus propias exigencias: querían que el Estado legalizara su industria, y —teniendo en cuenta la cantidad de dinero que estaban dispuestos a repartir y el *boom* de construcción que experimentaba Medellín— algunos intelectuales se tomaban en serio el hecho de que el comercio de la cocaína representaba la salvación económica de las naciones andinas, muy afín al descubrimiento de las re-

servas petrolíferas del golfo Pérsico. Si bien la nueva clase de narcotraficantes estaba constituida por capitalistas acaudalados y poderosos, la naturaleza subversiva del tráfico de cocaína no dejaba de agradar a los nacionalistas de izquierdas: éstos celebraron el gran movimiento de divisas que por una vez fluía de norte al sur.

Pero el mayor error de Pablo sería ambicionar un cargo público en medio de todo aquello. Él podría haber continuado moviendo los hilos de la política colombiana durante toda una vida larga y desahogada. Pero tomó la determinación de salir de detrás de la cortina y acercarse a las candilejas. No quería ser exclusivamente el narcotraficante, sino también el prohombre. Durante la década de los setenta se había tomado muchas molestias para borrar la evidencia de su pasado delictivo (eso sí, sin dejar de presumir de él en privado), y emprendió una campaña audaz para asumir el papel de ciudadano benevolente y respetuoso con la ley. Contrató a publicistas, sobornó a periodistas y fundó su propio periódico, *Medellín Cívica*, que ocasionalmente publicaba perfiles lisonjeros de su benefactor.

«Lo recuerdo bien —decía uno de los admiradores de Escobar citado en sus páginas—. Sus manos como las de un pastor trazando parábolas de amistad y de generosidad en el aire. ¡Claro que lo conozco! Sus ojos derramaban lágrimas porque no hay suficiente pan para todas las mesas del país. Yo le he visto sufrir al ver a los niños de la calle, a esos ángeles sin juguetes, sin regalos... y sin futuro.»

Pablo patrocinó exposiciones de arte con el fin de reunir dinero para la caridad. Fundó Medellín Sin Tugurios, una organización cuyo objetivo era proseguir con los proyectos de urbanizaciones para pobres. Solía salir a caminar con dos párrocos de la ciudad cuya mera amistad llevaba implícitas las bendiciones de la Iglesia. El único indicio de interés personal en su nutrido orden del día para estrechar lazos con las fuerzas vivas fue un debate que sostuvo sobre el tema de la extradición en un bar y discoteca muy concurrido llamado Kevin's. En 1979, Colombia había firmado un tratado con Estados Unidos que definía el tráfico de drogas como un crimen contra el vecino del norte, y como tal exigía que los supuestos traficantes fueran extraditados para ser juzgados allí, y, en caso de ser condenados, encarcelados. La posibilidad de ser extraditados causó pavor entre los que, como Escobar, sabían, desde hacía ya tiempo, que poco tenían que temer del sistema judicial colombiano. El foro en cuestión denunció la extradición como

una violación de la soberanía nacional —cosa que no sorprendió a nadie. Escobar hizo del tratado de extradición un asunto de orgullo nacional y el fundamento de su actividad política.

Haber sido elegido representante en 1982 marcó el punto culminante de su popularidad y de su poder. Desde cualquiera de sus lujosas mansiones debió sentir que Colombia, y acaso toda Suramérica, se hallaban a merced de sus garras. Además de sus frecuentes viajes a Estados Unidos, por entonces voló a España con su familia y recorrió Europa. Tenía dinero, una posición política, y hasta comenzaba a mostrar poder militar. El enfrentamiento que el Ejército colombiano libra con la guerrilla marxista en montañas y junglas había sido asistido tradicionalmente por los paramilitares —las autodefensas creadas y financiadas por terratenientes e industriales. Al haberse ganado un lugar entre los oligarcas de la nación, Pablo empezó a utilizar los mismos métodos. Cuando Marta Nieves Ochoa (hermana de sus amigos, los hermanos Ochoa) fue raptada por el M-19 en 1981 y hecha prisionera, los raptadores pidieron una suma, más que exorbitante, estafalaria. Acto seguido, Pablo, Ochoa y otros capos formaron una milicia para combatir la guerrilla. La milicia dio en llamarse Muerte a los Secuestradores (MAS) y encubrió sus sangrientas tácticas con piadosas diatribas contra la criminalidad (pese a que los panfletos lanzados en un estadio de fútbol que anunciaban la fundación de MAS prometían que los secuestradores serían colgados de los árboles de las plazas). Así nació la jugosa e inconfundible ironía colombiana de un movimiento armado que lucha contra secuestradores, y cuyo líder es a su vez un secuestrador experto y criminal.

Pablo continuó utilizando su retórica populista cuando lo creía oportuno. No obstante, tanto él como los demás jefes narcos fueron convirtiéndose inevitablemente en enemigos naturales de los comunistas de las montañas. El valle del tramo medio del río Magdalena, la exuberante y verde línea divisoria entre las cordilleras central y occidental de la región de Antioquia, había sido un bastión de las FARC, el principal grupo guerrillero del país. Durante décadas, los terratenientes habían financiado sus propios ejércitos privados para proteger sus propiedades y sus familias, y para aterrorizar a los campesinos que mostrasen cualquier tipo de simpatía por los rebeldes. A mediados de la década de los ochenta, Pablo y sus secuaces —los más ricos terratenientes de la historia de Colombia— podían permitirse mucho más que

defenderse y aterrar a los habitantes de los pueblos vecinos. Armados con material militar sofisticado y entrenados por mercenarios ingleses e israelíes, los narcos comenzaron a acechar a la guerrilla con una determinación y una agresividad que el Ejército jamás había tenido. En el ínterin, aquellos grupos paramilitares financiados por los narcos estrecharon vínculos con el Ejército, y ambos, uniendo sus fuerzas, infundieron tal temor a las FARC, al ELN y al M-19 que éstas no tuvieron más opción que replegarse una vez más en las montañas. Luchar contra las guerrillas dio a Pablo y a los demás narcos un halo de mayor legitimidad a los ojos de algunos colombianos. Ciertos periodistas y miembros del Gobierno —a muchos de los cuales se les pagaron generosamente sus esfuerzos— comenzaron a presionar para legalizar el narcotráfico. No cabe duda de que tal posición extrema habría convertido a Colombia en una «narcodemocracia» y por tanto en una nación forajida, pero los argumentos tuvieron el efecto de hacer que la campaña de Escobar contra la extradición pareciera moderada y hasta razonable. Los líderes colombianos se mostraban cada vez más dispuestos al diálogo; de hecho, según se ha dicho, las campañas de ambos candidatos a la presidencia en 1982 fueron financiadas por los narcotraficantes.

Tras ser elegido suplente en la Cámara de Representantes, Pablo se convirtió en una figura pública popular y la cada vez más solícita prensa bogotana lo bautizó como el «Robin Hood paisa». En abril de 1983 la revista *Semana* publicó de él un perfil muy favorable, observando apenas que las fuentes de su riqueza «no cesan de ser objeto de especulación». Haciendo gala de su Rolex incrustado de diamantes, Pablo reconocía poseer una flota de aviones y de helicópteros, un vasto número de propiedades en el mundo entero, y para finalizar Pablo desvelaba que su fortuna (que ascendía a aproximadamente cinco mil millones de dólares) tuvo su origen en un «negocio de alquiler de bicicletas» que dijo haber comenzado en Medellín a los dieciséis años. «Me dediqué un tiempo a la venta de lotería, más tarde a la compra y venta de automóviles y, finalmente, acabé en el negocio inmobiliario.» Sus afirmaciones eran, naturalmente, absurdas. Sin embargo, entre sus allegados siempre presumía de cómo había levantado su fortuna. Pablo era sobradamente conocido por la policía de varios países como el principal traficante de cocaína del mundo entero. Pero si el precio de su éxito político significaba falsear una excusa de apariencia legítima para

justificar su fortuna mal habida, Pablo estaba dispuesto a sonreír y a estrechar cuantas manos fueran necesarias hasta alcanzar el poder. A fin de aquel año, sus posibilidades parecían ascendentes e ilimitadas.

Pablo, mucho más que un contrabandista enriquecido, encarnaba el espíritu juvenil de la época: a todo lo largo y lo ancho del mundo civilizado una nueva generación se estaba haciendo adulta, una generación cuya actitud hacia las drogas como forma de divertimento era sorprendentemente distinta de la de sus padres. Por cierto, parte del atractivo de aquellas drogas tan populares era justamente su ilegalidad. Su utilización era un acto de rebeldía, un desafío y una declaración de modernidad y, lo supieran o no, todo el que inhalara cocaína estaba haciéndole una pequeña reverencia a sus intrépidos proveedores colombianos. Y del mismo modo que los miles de millones de dólares de Pablo eran la suma de todas las transacciones furtivas, su riesgo suponía la suma total de todos los ínfimos riesgos de los que consumían su producto. Al final de la larga cadena de comercio ilícito que hacía llegar la sustancia narcótica a sus membranas nasales, estaba Pablo, el que corría el riesgo mayor y se llevaba la mayor recompensa. Él y otros capos del narcotráfico fueron, al menos durante un tiempo héroes populares, la encarnación del estilo; seres tan *glamourosos* como terribles, retratados por la cultura popular en programas del tipo *Miami Vice*. En la vida real Pablo interpretaba su papel con garbo: con orgullo, señalaba a los visitantes de la Hacienda Nápoles la avioneta que había transportado los primeros cargamentos y que, como un monumento nacional, se alzaba sobre la entrada a su finca. También mandó construir pequeños submarinos a control remoto, que podían transportar más de dos mil kilos de cocaína desde las playas del norte de Colombia hasta las costas de Puerto Rico, donde buzos extraían la carga y la enviaban a Miami en lanchas de alta velocidad. Pablo dirigía al norte una flota completa de avionetas cargadas con mil kilos de droga cada una, y no había manera de que las autoridades, aduaneras o policiales, pudieran interceptar más que una ínfima parte. Con el tiempo comenzó a adquirir aviones Boeing 727 usados, a los que les quitaba los asientos para poder transportar cantidades de hasta diez mil kilos por vuelo. No había fórmulas para frenar a Pablo.

Pero a partir de entonces todo comenzó a venirse abajo, pues Pablo era, ante todo, un producto de la sociedad colombiana. Sin importarles cuán exitosa fuera su fama en el exterior, él se preocupaba principal-

mente por el sitio que ocupaba en su país. Y en Colombia, una cosa es hacerse millonario con contrabando ilegal y liberalmente esparcir esa prosperidad, y otra muy distinta querer ser considerado un ciudadano respetable. Cuando Pablo se lo propuso, la alta sociedad colombiana se rebeló. Al solicitar la admisión en el Club Campestre de Medellín, el foco social de las familias más influyentes y tradicionales, fue rechazado. Un año más tarde, cuando quiso ocupar su escaño en la Cámara, provocó una tormenta política que hizo añicos todos sus sueños de lograr un mayor estatus social. Las consecuencias se manifestarían en una de las décadas más sangrientas de la historia colombiana.